

mártires, «hombres y mujeres que han defendido, hasta la muerte, sus elevados principios morales y espirituales». Me resultan enormemente interpellantes los paralelismos con dos mujeres intelectuales judías, como él «peregrinas de su tiempo»: Edith Stein, la eminente fenomenóloga, nacida en la misma ciudad que Bonhoeffer, y muerta —ya como carmelita— a manos de los nazis en medio de la indescriptible degradación de un campo de concentración; y Simone Weil, que como él murió antes de cumplir los cuarenta años y decidió abandonar la seguridad de Nueva York para luchar en la resistencia en su Francia natal.

Por último quiero destacar cómo la apreciada introducción a la que me estoy refiriendo da cuenta de los viajes de Bonhoeffer a Estados Unidos, incluida su última estancia interrumpida a poco de llegar, en una decisión consciente de que «se encaminaba a un cautiverio y a una muerte cada vez más segura». Coles contrasta esta decisión crucial de Bonhoeffer con la de otros teólogos que, al advertir quién era Hitler y denunciarlo públicamente, perdieron sus puestos pastorales y profesionales y tomaron entonces la opción de exiliarse, tal fue el caso de Tillich y Barth. También aporta datos sustanciosos sobre las relaciones del teólogo de Breslau con algunos colegas norteamericanos, sobre todo con el teólogo Reinhold Niebuhr, una figura central de lo que se ha dado en llamar, en Estados Unidos, «Teología pública», y con David Roberts del *Union Theological Seminary*.

No tengo duda de que los artículos de Dietrich Bonhoeffer que figuran en esta selección son una excelente puerta de entrada para el lector que quiera introducirse en su obra, pero aún estoy más seguro de que lo que cautivará a quien se disponga a leer este libro es la impresionante vida de un hombre, cuyos escritos no gozan de autoridad en primer término gracias a la calidad de sus reflexiones, sino que los principios que debatió y estudió tienen autoridad por su modo de vivir la vida y afrontar la muerte. Es alguien de quien con verdad se puede decir que «el corazón de su legado espiritual no se encuentra en sus palabras y sus libros, sino en la forma en que empleó su tiempo en la tierra, en su decisión de vivir como el Señor fuera su vecino y su amigo, una constante fuente de coraje e inspiración, una presencia tanto en los afanes como en las alegrías, un recordatorio de las obligaciones y afirmaciones del amor y también del significado decisivo de la muerte (pues la manera en que morimos manifiesta cómo hemos vivido y quiénes somos)».—JULIO MARTÍNEZ, SJ.

JOHANN ADAM MÖHLER, *Simbólica o exposición de las diferencias dogmáticas de católicos y protestantes según sus públicas confesiones de fe* (edición, introducción y notas de PEDRO RODRÍGUEZ y JOSÉ R. VILLAR), Ediciones Cristiandad, Madrid, 2000, 749 pp., ISBN: 84-7057-429-9.

La nueva singladura de ediciones Cristiandad parece haberse propuesto ofrecernos una biblioteca de teología con un repertorio de clásicos seleccionados de gran altura. No cabe duda de que Möhler (1796-1838) constituye una de las piezas clave de la escuela de Tubinga, tan en la base de la renovación de la teología católica en el siglo pasado, pero cuyos efectos se perciben todavía en el siglo xx.

Después de las presentaciones de rigor, incluyendo una del cardenal arzobispo de Madrid (7-8), los editores de la obra, profesores de la universidad de Navarra, nos proporcionan una introducción (13-81), donde consignan todos los datos necesarios para situar oportunamente la obra. La traducción fue realizada por D. Ruiz Bueno sobre la quinta edición alemana y ha sido revisada por los editores. Así pues, no se puede ni comparar con la antigua versión española (1846), realizada por Antolín de Monescillo sobre el francés, que traducía la cuarta alemana. Dentro de la presentación del texto, muy cuidada, destaca la numeración de los párrafos para facilitar las citas. Junto con las notas del mismo Möhler, los editores proporcionan, cuando es oportuno, otros datos útiles para la comprensión del texto. Además, se han añadido en una serie de complementos (637-691): las fuentes que utilizó Möhler, el esbozo biográfico que de él hizo Reitmayr para la quinta edición alemana y, por último, una serie de anexos referentes a la historia del texto. Un conjunto de bibliografía e índices (693-749) completan este magnífico volumen.

Después de haber publicado una traducción de la *La unidad en la Iglesia*, el mismo equipo nos ofrece ahora la obra de madurez del teólogo alemán, *La simbólica*. Aquí se profundiza el método teológico de Möhler, cuajan sus mejores intuiciones y proporciona una comprensión de fondo de su modo de ver las diferencias confesionales desde el «método irénico»: captando benévolamente la postura del oponente. Se trata, sin duda, de uno de los referentes básicos para la teología del siglo XIX.—G. URIBARRI, SJ.

JOHN P. BRENNAN, *Cristo el Enviado*, Mensajero, Bilbao, 2000, 190 pp., ISBN 84-271-2322-1.

Dos son las cualidades más destacadas de este libro: el arranque de su acercamiento a la figura de Jesús desde la pregunta que el mismo Señor lanzó a sus discípulos («vosotros, ¿quién decís que soy yo?») y el centrar su estudio en una dimensión concreta (Cristo como el Enviado del Padre) no excesivamente desarrollada en las cristologías actuales. Esta reflexión que, en palabras del propio autor, ha nacido con la vocación de «profundizar, aunque sólo sea mínimamente, en la comprensión del significado de Cristo para cada uno de nosotros» pretende subrayar la centralidad de la misión en la vida de Jesús y del cristiano como algo inseparable de la vocación.

Es grato comprobar cómo la vivencia nuclear del autor, sacerdote y misionero durante más de veinte años en África y Latinoamérica, potencia una lectura interesada en rescatar una de las facetas más importantes del ser de Jesús. Cristo, discípulo y misión son propuestos como términos casi sinónimos desde el convencimiento de que se llega a ser cristiano sólo en la medida en que se asume la misión de Cristo.

El punto de partida es, en palabras del autor, el acercamiento a Cristo «desde abajo». Es el Jesús histórico el que interesa fijándose especialmente en lo que Él mismo entendió como su misión. Sólo partiendo de lo que hizo se podrá descubrir su verdadera identidad porque «su misión es la puerta que nos lleva al misterio de su persona».

Recordar al Padre, en boca de Jesús, como *Aquel que me envía*, rescatar el título de Cristo como *el Enviado del Padre*, y reconocer en el Espíritu a *aquel a quien Cristo*